

Jurandir Malerba, *Teoría, historia y ciencias sociales. Ensayos críticos*. Rosario, Argentina: Prohistoria, 2013, 200 págs.

El libro de Jurandir Malerba, *Teoría, historia y ciencias sociales. Ensayos críticos*, representa una contribución particular al campo del estudio de la historia de la historiografía contemporánea, campo que, lamentablemente, se encuentra muy poco desarrollado y muy poco investigado dentro del conjunto de países que conforman a nuestra América Latina. Por eso, es de celebrar su reciente edición en español, por la importante Editorial *Prohistoria Ediciones*, de la ciudad de Rosario en Argentina. Pues el libro ha sido originalmente publicado en Brasil, en portugués, por la Editora de la Universidade Estadual de Londrina, en el año de 2011, para luego aparecer, en 2013, en la versión en español de la mencionada edición argentina que aquí comentamos.

Por lo demás, este libro es más bien una colección de ensayos escritos a lo largo de tres lustros, lo que además de permitirnos reconocer la propia evolución y maduración teórica de su autor dentro de este ámbito de la crítica historiográfica y de la reflexión teórica sobre los derroteros de la disciplina, nos refleja también, de modo indirecto, algunos de los núcleos centrales de las distintas problemáticas que han ocupado a los historiadores en general, y en particular a los historiadores de la historiografía y a los teóricos de la historia, durante este mismo lapso de tiempo de los últimos quince años recién transcurridos.

Así, adentrándose en este campo poco trabajado en Latinoamérica, de la historia del trabajo y de las obras que llevan a cabo los propios historiadores (para retomar esta definición sencilla pero aún válida en general, de lo que es la historia de la historiografía, dada por Benedetto Croce, autor que Jurandir Malerba recupera en parte de su argumento del capítulo VI), el libro va a abordar algunos de los debates centrales que han ocupado a los historiadores contemporáneos durante el siglo XX, y más especialmente, en las más de cuatro décadas posteriores a la saludable e importante irrupción de la revolución cultural de 1968. Y entonces, veremos desfilar en los diversos capítulos de esta obra, varios de los debates epistemológicos centrales de la historiografía del siglo XX, incluyendo lo mismo el acalorado aunque no siempre muy fructífero debate sobre el estatuto de la historia, como un relato verdadero, o como un relato ficticio con pretensiones de verdad, o el complejo tema de la memoria y de sus relaciones diversas con la historia, hasta la dialéctica entre los acontecimientos y las estructuras, o entre la narración de los hechos y los propios hechos históricos, pero también el problema de la representación, el de la compleja relación entre individuo y sociedad, o la función y caracterización del símbolo y de sus conexiones con los problemas de la representación, dentro de los procesos humanos de aprehensión de la realidad, entre otros de los puntos principales aquí abordados.

También, y al lado de este conjunto de importantes problemas teóricos, y en particular en el capítulo VI, en las páginas 127-135, nuestro autor va a llevar a cabo una incursión particular dentro del específico campo de la historia de la historiografía brasileña, a la que se acerca de manera crítica y sin ninguna autocomplacencia nacional, para mostrarnos de una parte la ausencia, también en Brasil, de una clara definición de lo que es y de lo que puede ser esa historia de la historiografía, pero también de otra parte los límites, las insuficiencias y las enormes tareas aún pendientes en este

incipiente y poco desarrollado campo de los estudios históricos brasileños más contemporáneos.

Entonces, y revisando de conjunto los argumentos vertidos en este libro en torno de todos estos temas, son de agradecer, en principio, las varias síntesis que los distintos ensayos del libro realizan, sobre las principales posiciones que se han afirmado en todos esos debates teóricos e historiográficos antes mencionados, y referidos a estos cruciales problemas del conocimiento histórico. Síntesis claramente pedagógicas de los diferentes problemas a debate, en las que al mismo tiempo en que se reconstruyen las posiciones específicas de los diversos autores que en ellos participan, se va también delineando la singular postura o interpretación del autor de este libro en apoyo o en contraposición de tal o cual de esas posturas referidas. Toma de partido en estas cruciales disputas historiográficas, que el profesor Malerba determina desde la recuperación de una serie de autores que, si en algunos casos son los historiadores más notables de todo el siglo XX, como en los casos de Fernand Braudel, de Marc Bloch o de Reinhart Kosselleck, en otros casos son más bien autores que *no* son para nada historiadores de profesión, como Norbert Elías, Pierre Bourdieu, Michel Foucault o Immanuel Wallerstein, entre otros.

Lo que representa un mérito indudable del libro, pues no solo rescata la centralidad de estos autores, sean o no historiadores, para la construcción aún en marcha de la historia de la historiografía y la teoría de la historia del siglo XX, sino que también constituye una muy saludable salida del mero ámbito de la disciplina histórica, ámbito que aprisiona las cabezas de la inmensa mayoría de los cultores de Clío en todos los países de América Latina, empobreciendo sus perspectivas generales de estudio y de análisis, y que por ende no solo es aplaudible porque ensancha de modo significativo esos horizontes del análisis y de la explicación de esos mismos debates historiográficos en general, sino también porque ilustra con claridad ese hecho de que la propia corporación de Clío se ha quedado terriblemente corta, a todo lo largo del siglo XX, en la ineludible tarea de *teorizar* y de reflexionar de modo más amplio las *lecciones epistemológicas* principales de la ineludible tarea de la generalización teórica y de la universalización abstracta derivadas de sus múltiples estudios empíricos, desertando así, salvo las notables excepciones antes referidas, de sus obligaciones historiográficas y teóricas, y abandonando dicho esfuerzo a los sociólogos, los filósofos, y los científicos sociales de otras ciencias distintas a la historia.

También es digna de señalar, de remarcar y de apoyar enérgicamente, la reiterada crítica que este libro realiza de las posiciones posmodernas en la historia (cfr. especialmente, en el capítulo 5, las pp. 97-121), desmontando sus falsas y ridículas premisas, y mostrando sus perniciosos efectos tanto gnoseológicos como incluso políticos, para reivindicar en su lugar la sana y lógica postura de un realismo histórico fuerte, basado en la idea de que la historia *sí* es efectivamente y si pretende ser una ciencia, y de que su objetivo principal irrenunciable si es la búsqueda de las distintas *verdades históricas*, frente a los desvaríos irracionalistas de esas posturas posmodernas, que pretenden reducirla a una mera actividad estética, o a un fallido intento de alcanzar las verdades de la historia, para terminar convirtiéndose en un simple relato que no sabemos si es o no verdadero, y que tan solo posee “pretensiones de verdad”.

Se trata entonces de un libro que no rehúye la explícita toma de partido en los grandes debates históricos ya referidos, asumiendo incluso, en ocasiones, posturas

abiertamente polémicas y provocadoras, que lejos de pretender cerrar los debates reseñados, intentan más bien mantenerlos abiertos e incluso hasta radicalmente vigentes y activos. Reivindicable postura de suscitar la discusión y el reexamen de los temas centrales que aborda, que en ocasiones nos lleva hasta la afirmación de tesis o de argumentos que seguramente no serán capaces de suscitar el consenso, y que más bien nos obligan a volver a plantear la necesidad de examinar y reconsiderar una vez más, las posibles soluciones o salidas a esos mismos temas candentes recién mencionados.

Por ejemplo, cuando el autor de este libro se atreve todavía, en pleno siglo XXI, a tratar de romper lanzas en defensa de ciertas tesis del viejísimo y desde hace mucho tiempo anacrónico positivismo historiográfico (cfr. las páginas 57-60), llegando incluso a afirmar que la postura de Langlois y Seignobos, en torno del problema del acontecimiento, ¡es superior a la del propio Fernand Braudel!, tesis que sin duda alguna, y después de la crítica radical que prácticamente toda la historia *crítica* del siglo XX ha realizado, de la pobreza y de las limitaciones de esa historia positivista, difícilmente podrá suscitar la unanimidad. Tesis altamente polémica que sin duda ameritaría un examen mucho más detenido y un debate más puntual, el que lamentablemente no es posible desarrollar dentro de los marcos de esta breve reseña.

Pero vale la pena recordar que después de haber visto, en especial en América Latina, como el carácter dominante que tuvo durante décadas en muchas de nuestras historiografías nacionales esa visión positivista de la historiografía, después de ver como ella ha retrasado durante décadas y décadas el necesario proceso de *actualización* de la historiografía latinoamericana a los ritmos y a los desarrollos de vanguardia de los estudios históricos internacionales, y al comprobar cómo ese positivismo historiográfico ha lastrado en tantos sentidos y tan terriblemente a todos nuestros estudios históricos, al reducir el noble oficio de historiador al vulgar y empobrecido trabajo del simple erudito o del aburrido anticuario, y al generar toda esa inmensa cauda de trabajos supuestamente históricos, que en los hechos no pasan de ser limitadas y poco atractivas monografías descriptivas de muy pobres reconstrucciones empiristas de hechos banales e intrascendentes, agrupados sin orden ni concierto, y totalmente acrílicos frente a las visiones interesadas y sesgadas de las clases y grupos dominantes de todas las naciones latinoamericanas, resulta realmente difícil tratar de seguir reivindicando a esas débiles e insustanciales, pero para nada inocentes posturas, del positivismo en historia.

E igualmente polémica resultará, para muchos de los lectores de esta obra, la crítica que este texto retoma del inmenso libro de Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (cfr. página 92), al afirmar una vez más la idea, repetida muchas veces en vida del propio Braudel, de que él no articula las tres partes o los tres tiempos históricos en su análisis del Mediterráneo del largo siglo XVI, sino que simplemente los “superpone”. Pero se trata de una crítica a la que el mismo Braudel respondía inteligentemente, al decir que aquellos que la planteaban no habían leído con suficiente atención su libro y que sobre todo no habían entendido que en ese monumental texto de 1949, él no contaba “tres historias” diferentes, a las que después tendría uno que buscar cómo articular, o conectar, o interrelacionar, o combinar, sino que desde su mismo Prefacio él había afirmado que solo contaba *una única y la misma historia*, pero vista, sucesivamente, desde tres observatorios distintos, desde tres temporalidades diferenciadas, lo que implicaba que no había nada que interrelacionar o interconectar, pues la unidad misma de la única y singular historia contada y analizada tres veces, evaporaba este falso problema de sus supuestos críticos.

Y también es claro que difícilmente habrá consenso en la crítica que el libro endereza contra alguna de las tesis de Michel Foucault (véase la página 78), repitiendo la crítica de que ni el mismo Foucault explicó cómo se daba el pasaje de un episteme a otro, entre los que él mismo analiza en su bella y muy original obra de *Las palabras y las cosas*. Pero Foucault ya había respondido también hace mucho a esa crítica, afirmando retadoramente que él, felizmente, *no* era historiador, y que por lo tanto *no* perseguía hacer la historia de los sucesivos epistemes, y de su génesis, su evolución histórica específica, y luego su decadencia y caída, simultánea a su transformación en un nuevo episteme, sino que él lo que hacía era más bien la *arqueología* y la *genealogía* de esos epistemes, realizando en ellos cortes analíticos y declaradamente sincrónicos, para mostrar su esencia profunda y para desmontar e ilustrar sus mecanismos específicos, sin preocuparse para nada de sus itinerarios históricos, tarea que según declaraba, dejaba tranquilamente a los aburridos y eruditos historiadores descriptivos, tradicionales, conservadores y positivistas.

En cambio, quizá serán mucho más fácilmente aceptables varios de los desarrollos contenidos en los capítulos 7 y 8 del libro, centrados en los aportes fundamentales del pensamiento de Norbert Elías, para el trabajo cotidiano de los historiadores actuales. En estos capítulos, que en nuestra opinión son la parte más sólida y más original de esta obra que aquí comentamos, el lector encontrará sugestivas reconstrucciones de las tesis de Elías que apuntan, muy creativa y acertadamente, a la verdadera *dialectización* de las tradicionales antinomias entre individuo y sociedad, o entre sociedad y naturaleza, frente a las cuales el autor de la magna obra *El proceso de la civilización* o también *La sociedad cortesana*, propone un nuevo acercamiento, mucho más procesual y mucho más complejo que esas rígidas dicotomías, presentes en cambio en una gran parte de los científicos sociales del siglo XX, e incluso hasta del actual siglo XXI.

Y si bien es posible diferir de la postura de Elías frente a ciertas posturas que él, erróneamente, identifica con el marxismo (cfr. pág. 153), y que en la realidad no corresponden para nada a Marx sino a las tradiciones del marxismo vulgar del siglo XX, ello no impide que muchas de sus tesis aquí recuperadas, como por ejemplo su concepto de configuración, o su análisis de los “hábitos sociales”, entre otras varias, sean sin duda piezas muy valiosas para enriquecer y ensanchar las herramientas de los verdaderos historiadores *críticos* contemporáneos. Lo que se ilustra bien en el capítulo 8 de este libro, en donde se comparan y emparentan las perspectivas de Elías sobre los hábitos sociales, y el concepto de *habitus* de Pierre Bourdieu, para replantear el concepto, y sobre todo el complejo problema de las representaciones en la historia. Un problema sobre el cual también ha teorizado Carlo Ginzburg, de una manera excepcionalmente original y profunda, en su ensayo ‘Representación. La palabra, la idea, la cosa’ (incluido en su libro *Ojazos de madera*), un ensayo que sin embargo no se encuentra referido en dicho capítulo 8 del texto que aquí reseñamos.

Se trata en suma de una obra que si bien no dejará de provocar polémicas y desacuerdos con varios de sus desarrollos y propuestas principales, también cosechará importantes acuerdos y consensos en torno de otras de sus aportaciones y contribuciones específicas. Pero que en cualquier caso estimulará sin duda nuevas y diferentes reflexiones sobre los muy importantes temas de la teoría de la historia y de la historia de la historiografía que aquí se abordan. Con lo cual, además de incentivar el desarrollo y mayor cultivo del campo de la historia de la historiografía y de la reflexión

crítica teórica de la disciplina histórica, tanto en Brasil como en toda América Latina, coadyuvará también a potenciar, en nuestro semicontinente latinoamericano, esa noble pero aún muy joven ‘empresa razonada de análisis’ que según Marc Bloch es todavía nuestra emergente ciencia de la historia.

Carlos Antonio Aguirre Rojas
Universidad Nacional Autónoma de México
aguirrec@unam.mx

Fecha de recepción: 30 de mayo de 2014.

Fecha de aceptación: 6 de junio de 2014.

Publicado: 30 de junio de 2014.

Para citar este artículo: Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Jurandir Malerba, *Teoría, historia y ciencias sociales. Ensayos críticos*. Rosario, Argentina: Prohistoria, 2013, 200 págs.”, *Historiografías*, 7 (enero- junio, 2014): pp. 130-134,
http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/7/res_aguirre.pdf